

Introducción

Vida privada y pública presidencial: Clinton, Francisco Flores y Hugo Chávez

Héctor Antonio Hernández Turcios*

Me parece que la ética y la política son asuntos de tanta importancia para muchos aspectos de la vida, y que ambos no se encuentran necesariamente en irreconciliable oposición. Así el Estado de derecho garantiza a cada individuo, el mínimo de aportes éticos que los hombres se deben entre sí, al imponerlo como deber legal.

En definitiva, hay que estar a favor de la moralización de la política y creer que se impone un continuo control moral del poder político y sus actividades. Así mismo se debe distinguir y no confundir, la ética de la política; pero debe reconocerse que la política debe estar subordinada a los patrones de una ética racional, abierta y pública a partir de lo que consideremos la dignidad humana.

Las distintas posturas que admiten o niegan la existencia de

conexiones entre la ética y la política, del tipo que estas sean, pueden situarse dentro del pensamiento de algunos filósofos, políticos y sociólogos. La primera postura a la que podemos llamar problema Maquiavelo, es la separación tajante entre ética y política. La segunda postura es la distinción entre ética privada y ética pública, que es planteada por J. Stuart Mill. Y la tercera opción es entre una ética política de convicciones o principios y una ética responsabilidad de Weber.

En cuanto al problema Maquiavelo, que es el que voy a exponer primero, la separación de lo moral y la actividad política se debe a los objetivos y los medios para el logro de ellos. La conducta moral está sujeta a criterios y pautas morales, la acción política se rige por el intento de lograr una serie de objetivos como la estabilidad del sistema político, la seguridad y permanencia del poder. El problema es que consideremos que los objetivos políti-

* Ex Decano de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales. Profesor de Filosofía del Derecho

cos se consiguen más utilizando medios inadecuados desde el punto de vista moral. De ellos se infiere que un político puede ser visto como "un buen político" siempre que sus acciones sean el mejor instrumento para lograr objetivos y aunque sean reprochables desde la perspectiva moral. La moral y la política en definitiva, se rigen por reglas diferentes, el buen político y el político moralmente bueno, no coinciden.

Para varios moralistas y políticos lo anterior es insostenible porque aún si aceptamos que la política es el reino de la astucia y del cálculo, lo que no cabe duda es que la política se expresa a través de acciones y decisiones humanas, y no hay por qué renunciar a distinguir entre acciones astutas buenas y acciones astutas malas, o lo que es lo mismo, que tales acciones y decisiones humanas caen, como cualquier otra, bajo el juicio moral.

Además, las acciones y decisiones políticas si entran de lleno en asuntos de moralidad como el uso de la violencia, la distribución de recursos, la justicia o la libertad, es decir, se trata de acciones que inciden, directa y gravemente sobre la vida individual y social, y por tanto, sobre la base de la misma moralidad.

En Maquiavelo más que separado el problema política y moral, es una subordinación peligrosa de la ética a la política, y más peligroso aún será considerar al humano para un fin político; peor aún si lo malo se disfraza como bueno y noble.

¿Pero entonces, a qué pauta moral someterse?

Este problema lo resuelve J. S. Mill, para él solamente un individuo en sí es responsable de su conducta ante la Sociedad en aquellos aspectos en que sus acciones privadas causen daños a otros; sino no se da ese caso, la sociedad no puede interferir en la conducta privada de los seres humanos, aunque esa nos parezca repugnante, indebida, reprochable o contraria moralmente; aquí es donde cabría meter la situación sexual de Clinton, la religiosidad de Francisco Flores, la exaltación melagómana de Hugo Chávez, ya que la libertad personal privada tiene el grado de libertad absoluta por excelencia y por hoy más que nunca, ya que las naciones han perdido su soberanía nacional: ¿Por qué la ha de perder el hombre en su individualidad?

Citando, al propio Mill "Sobre si mismo, sobre su propio cuerpo y espíritu, el individuo es soberano, no sostener esto es incompatible con el respeto a la autonomía moral de los seres humanos".

También es cierto que en esta línea habría que preguntarse ¿Qué acciones de los políticos estamos legitimados para enjuiciar moralmente?, ya que tiene sus objeciones la postura de Mill y que son la de considerar la imagen pública del político como factor educador, la de la incidencia negativa que la conducta privada no aceptada moralmente del

político pueda tener en el electorado y la de la posible incoherencia ante el tipo moral ideal anunciado en los medios y la conducta privada real del político.

Que hay conexión entre política y moral la hay; no sería posible desenlazarles, aunque como se dice: Se puede ser un excelente político conservador y llevar una vida privada libertina, igual que se puede ser un desastroso político socialista y llevar una vida de abnegación y humildad.

Finalmente, el problema lo ve Weber diferenciando entre dos formas de actuación, una según la ética de la responsabilidad o actuación que piensa en la consecuencia de nuestras acciones y decisiones, al parecer lo concreto es actuar conforme a las dos éticas para poder justificar moralmente los medios utilizados, como la propia moralidad de las consecuencias.

Entonces practicando que la vida privada es aliada condicionada a la vida pública y la una es una cosa y la otra será otra, habría que considerar solamente diferencias gustativas de Clinton, Francisco Flores y Hugo Chávez, así como entre unos placeres más nobles que otros; pero no por ello faltos de realidad y significación; pues

parece claro que un político que en su vida privada ejemplifica virtudes como la prudencia, la veracidad, la religiosidad, la lealtad, la responsabilidad o el cumplimiento de sus deberes morales personales está en mejores condiciones para llevar una política honesta que el político que en su vida privada sea un mentiroso, o una persona inmoderada, ambiciosa, hipócrita e irresponsable.

No obstante, también está más que claro en este mundo actual, que las naciones en aras de la economía y el mercado perdieron o vendieron su soberanía e independencia nacional; y es necesario que ante ese agravio del poder mundial, los seres humanos en su individualidad privada no pierdan ni entreguen su soberanía personal.

El político en su vida pública por asuntos de eficacia podría ensuciarse las manos.

El político en su vida privada por asuntos de placer podría lavarse las manos.

No por ello vamos a idealizar que lo mejor hubiese sido no tener manos, lo defendible es mi yo intocable, mi dignidad intangible. ¿O solo cabe obedecer?.